

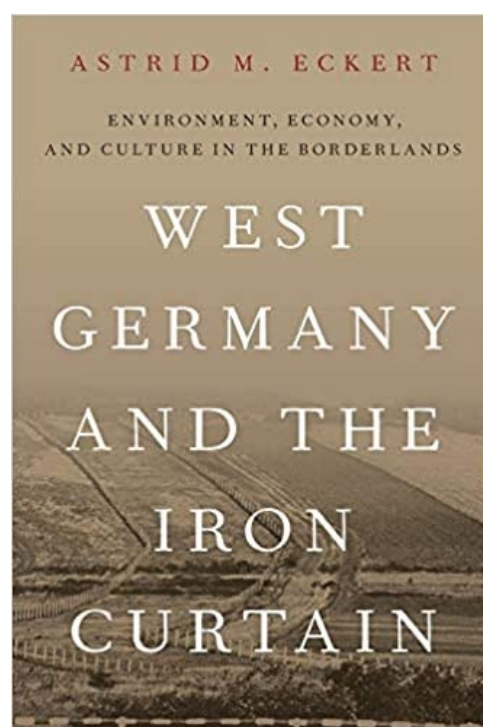
Astrid. M. ECKERT: *West Germany and the Iron Curtain. Environment, Economy, and Culture in the Borderlands*, Nueva York, Oxford University Press, 2019, 422 pp., ISBN: 978-0-19-069005-2.

Xavier María Ramos Díez-Astrain  
*Universidad de Valladolid*

### Las múltiples dimensiones de una frontera nada convencional

La frontera entre las dos Alemanias acostumbra a manifestarse en el imaginario colectivo más amplio —y, con frecuencia, en el más específico de la historiografía— a través de una serie de símbolos. El Muro de Berlín, las alambradas, los disparos y la alegría del reencuentro suelen definir la separación de la RFA y la RDA en un nivel *pequeño*, mientras que en una escala *grande* se afronta la realidad de la Guerra Fría y la confrontación entre bloques en todo su esplendor. Astrid M. Eckert da en *West Germany and the Iron Curtain* una visión que resignifica la frontera en toda una gama de nuevos términos a medio camino entre la realidad física de acero u hormigón y la dinámica internacional.

En la «Introducción» Eckert promete abordar una mirada al lado occidental de la frontera interalemana (nada menos que 1393 kilómetros) y a la manera en que se afrontaron las consecuencias prácticas de la división, con su afectación a la economía e infraestructuras del área, su carácter de espacio de confrontación ideológico-cultural y sus implicaciones ambientales. Para ello, la autora —con una amplia trayectoria internacional, ubicada actualmente en el Emory College of Arts and Science de Atlanta, Estados Unidos— ha realizado una importante labor investigadora que le ha hecho transitar por diecinueve archivos federales, estatales y municipales de ambas Alemanias; varias colecciones privadas; documentos diplomáticos estadounidenses; diversos periódicos y revistas; publicaciones del Gobierno de la RFA (incluidas hojas volantes, folletos y postales); así como un pequeño número de entrevistas personales y de intercambios de cartas con testigos. Esta



relación pone fuera de toda duda la solidez documental del trabajo que tenemos entre manos.

Los seis capítulos del libro se adentran en el plano socioeconómico de la división alemana (los dos primeros), el turismo en la frontera y los aspectos ambientales de la partición del antiguo Reich, a los que Eckert presta especial atención con el ánimo de preparar «la primera historia ambiental del Telón de Acero alemán». Sin embargo, antes de hacer una aproximación al contenido de cada capítulo quisiéramos señalar una serie de ejes o dimensiones transversales que hemos apreciado a lo largo de la lectura, unificando el contenido del trabajo más allá del ámbito espacial de las propias regiones fronterizas y reforzándolo cualitativamente. El primer eje, lógicamente, es el transfronterizo: la frontera como espacio de drástica separación pero también membrana semipermeable entre los dos estados alemanes, con su relevancia particular para las relaciones interalemanas. Estas cobran entidad propia en una narración que, aunque sitúa el foco en la RFA, tiene siempre presente a las dos partes. El segundo eje, precisamente, es el de la política federal. La evolución de las líneas de acción política (del férreo anticomunismo inicial de Adenauer a la mano abierta de la socialdemocracia) y su configuración a través de las relaciones entre el poder federal, los estados y las administraciones inferiores están presentes en los distintos capítulos con una importancia destacada. No por nada, Eckert señala en las conclusiones que su libro, en realidad, es una historia de la RFA examinada a través de la frontera, que hace las veces de lente.

Hay también un contundente eje geográfico, que atiende a la articulación espacial, las infraestructuras, la configuración económica de las tierras fronterizas o los aspectos demográficos, entre otros aspectos. *West Germany and the Iron Curtain* luce como un trabajo interdisciplinar en el que la historia —evocando esa vieja aspiración de ser la madre de las ciencias sociales— cobija bajo su marco a varias materias que enriquecen el libro. Aquí radica también otro eje, el ecológico/biológico. Eckert perfila una auténtica historia natural de la frontera, afectada negativamente por la contaminación y los campos de minas, pero también beneficiada por la mínima presencia humana. En este punto, la autora traspasa todos los límites de la historia convencional para desarrollar el que, según nuestra percepción subjetiva, constituye uno de los pasajes más hermosos del libro: la narración de cómo la tierra de nadie situada entre la línea de demarcación fronteriza y las fortificaciones, emancipada de la presencia humana, desarrolla su naturaleza sin cortapisas y renueva la esperanza de un paisaje no destrozado por la acción antrópica.

Un quinto eje lo constituye el seguimiento de las dinámicas específicas de la sociedad de las zonas fronterizas, que formuló unas pautas de actuación propias apoyadas en la normalización de la existencia cotidiana de la frontera y en una relación no siempre sensible con las autoridades políticas a distinto nivel (especialmente con las de

Bonn) y con los visitantes, de quienes rechazaban su condescendencia y su poca información sobre lo que realmente ocurría. El sexto eje, por último, es el temporal, que supera el propio cierre de un ciclo en 1989-1990 para examinar la huella de la frontera en los tiempos más recientes.

Estos ejes están de una u otra manera presentes en los seis capítulos que componen el libro. El primero («The Making of the West German Borderlands, 1945-1955») narra cómo los territorios paralelos a la frontera, en una franja que se adentraba cuarenta kilómetros en el interior de la RFA —en torno al 20% del territorio de la república—, adquirieron un estatus especial como «tierras fronterizas» tras el cierre de la frontera efectuado en 1952. La división de Alemania en varios sectores con diferentes modelos sociopolíticos ya había hecho de la línea de demarcación algo más que un trazado en un mapa. Las discrepancias entre los sectores bajo control de las potencias occidentales, tendentes a la unificación bajo criterios capitalistas, y el sector ocupado por la Unión Soviética tuvieron consecuencias como la disparidad monetaria y de precios, una elevada dificultad para el comercio interzonal legal, el consecuente mercado negro o el cruce fronterizo de trabajadores y consumidores para aprovechar las ventajas de la diferente evolución monetaria. El endurecimiento fronterizo llevó a que los condados cercanos a la frontera sufrieran un decaimiento económico, explorado con amplitud en este capítulo a través de la experiencia de cuatro ámbitos (Lübeck, Lüchow-Dannenberg, Hof y Braunschweig), que los llevó a reclamar ante el Gobierno de Bonn un estatus especial y una serie de ayudas para no quedarse rezagados de la potente recuperación económica de la RFA. Después de concederse en 1953, asumida su necesidad en Bonn por razones de orden político-ideológico (el combate anticomunista, convertir a estas regiones en un escaparate occidental...), su volumen aumentó durante todo el periodo de la división de Alemania.

El segundo capítulo («The East of the West. An Economic Backwater at the Border») profundiza en el desarrollo de las tierras fronterizas e indaga sobre cómo las ayudas se convirtieron en una figura estable pese a la retórica unificadora del canciller Adenauer, cómo sobrevivieron con el paso del tiempo y fueron blindándose legislativamente, y cómo, a pesar del mantenimiento de los subsidios, se hicieron esfuerzos para cambiar la imagen externa de estos territorios. En este apartado se muestran los esfuerzos de los planificadores espaciales germano-occidentales, con una mentalidad de antes de la Segunda Guerra Mundial, que trataron de poner a las tierras fronterizas en primera línea en la competición económica con el Este a modo de escaparate en un momento en el que desde Bonn se enarbolaba un beligerante discurso unificador. En los sesenta, conforme la unificación iba alejándose de las perspectivas inmediatas, los programas de ayuda se consolidaron con la expectativa de superar el atraso económico de estas regiones, tierra de pobres en el imaginario de la RFA. Como relata Eckert, en las décadas de los setenta y ochenta la visión empezó a cambiar. Con los dos estados

alemanes consolidados, las ayudas comenzaron a ser vislumbradas como un pozo sin fondo en el que las cuantiosas subvenciones, además, se invertían de forma opaca y cuestionable. No obstante, el programa se mantuvo hasta la unificación de Alemania. La unión de los dos estados supuso una convulsión para la economía de las zonas fronterizas. Tras un breve auge, la economía fronteriza cayó víctima de la retirada de las ayudas y de su entrega, precisamente, a los territorios situados más al Este, en la antigua RDA, a donde se desplazaron numerosas empresas en busca de mejores condiciones.

El tercer capítulo («“Greetings from the Zonal Border”. Tourism to the Iron Curtain») pone el foco en un turismo creciente de visitantes alemanes occidentales y extranjeros a las tierras fronterizas, con su correspondiente (y no siempre fácil) interacción con los residentes locales. Desde mediados de los cincuenta, este turismo fue en auge, alcanzando cifras tan elevadas como los 1,84 millones de visitantes de 1978. Eckert insiste mucho en que fue un «turismo de base», esto es, nacido espontáneamente sin instigación gubernamental. Pero poco tardaron las autoridades de las distintas administraciones y algunas organizaciones independientes en percatarse del potencial político de una dinámica organizada de viajes a la frontera; una suerte de «turismo espeluznante» cuyo atractivo lo aportaban las vallas, las minas y el terror, y que permitía reforzar el mensaje anticomunista oficial de la RFA con una imagen difícil de olvidar. Las postales y guías de viaje proliferaron al servicio de este turismo, que la RDA trató de bloquear intentando impedir la visibilidad de nada interesante desde el otro lado de la frontera, pues lo consideraba una provocación. Con el tiempo, aunque disminuyó el fondo político anticomunista, se configuró toda una infraestructura vacacional al servicio de este turismo, que, sin embargo, no dejó grandes beneficios económicos en la zona y generó algunos resquemores entre los habitantes de los municipios fronterizos y algunos viajeros que se permitían tener comportamientos abiertamente provocativos (lo que causó no pocos incidentes y detenciones).

Un cuarto capítulo («Salts, Sewage, and Sulphurous Air. Transboundary Pollution in the Borderlands») introduce la segunda parte del libro, volcada en cuestiones de tipo medioambiental. El objetivo de Eckert aquí es estudiar la contaminación transfronteriza y contribuir a una revisión en curso de la historia ambiental de la RDA, explorando qué llevó a esa percepción tan negativa sobre la política medioambiental de los germano-orientales en la RFA de los noventa. Para ello, la autora propone una hipótesis: que el encuentro occidental con la contaminación oriental en la frontera enfrentó a las autoridades occidentales con los primeros signos de la disolución de la RDA. Tanto la contaminación fluvial, donde la catástrofe ecológica del río Werra fue (y sigue siendo) el mayor y más dramático exponente, como las enormes concentraciones de azufre en el aire motivaron la apertura de negociaciones entre la RFA y la RDA, cuya anquilosada industria no era capaz de emitir menos residuos o

darles una salida menos contaminante. Los encuentros no dieron lugar a resultados; en ellos la RDA vio la oportunidad de extraer de la RFA fondos para modernizar sus instalaciones, pero los occidentales pretendieron aplicar el principio de que «quien contamina, paga». Además, las autoridades económicas de la RDA bloquearon las inversiones en política medioambiental, lo que alejaba a este país de la posibilidad de cumplir los acuerdos. Hasta los noventa no hubo avances reales, aún hoy insuficientes.

El quinto capítulo («Transboundary Natures. The Consequences of the Iron Curtain for Landscape») se adentra en esa proliferación de la naturaleza (calificada por Eckert de «transfronteriza») que mencionábamos al principio en el espacio entre las fortificaciones germano-orientales y la línea de demarcación real. Inicialmente la RDA definió la frontera con una franja despejada de vegetación de diez metros de espesor, pero con el paso de los años fue instalando una imponente estructura de fortificaciones (vallas, campos de minas, perros, patrullas fronterizas...) que se desplazó hacia el interior de su territorio. En esa «tierra de nadie» —ciertamente territorio germano-oriental— que quedó, poco a poco fue proliferando la vegetación y llegaron algunas aves. Los humedales se vieron también muy beneficiados de este retroceso de las fortificaciones. Paulatinamente este terreno se convirtió en uno de los pocos lugares en Alemania sin presencia humana, donde la naturaleza florecía libremente, y llamó la atención de los conservacionistas de ambos países. Incluso hubo sobre la mesa planes para el establecimiento de reservas naturales transfronterizas, que no llegaron a buen puerto por las reticencias germano-orientales a facilitar el acceso de naturalistas occidentales a su territorio. También existieron algunos peligros. Los campos de minas provocaron auténticas matanzas de animales, y tampoco ayudó el interés de una RDA menguada económicamente en explotar los recursos forestales que tenía ahí disponibles. Finalmente, la caída de la frontera puso en riesgo esta expansión de la naturaleza por la llegada de muchos visitantes a lugares otrora vetados, aunque se ha logrado salvar esta red de biotopos a través del proyecto del Cinturón Verde Europeo.

El último capítulo («Closing the Nuclear Fuel Cycle at Gorleben? West Germany's Energy Future in the Borderlands») está dedicado al fracasado proyecto de instalar una planta de reprocesamiento de combustible nuclear usado y un depósito de residuos en Gorleben (Lüchow-Dannenberg). En torno a este programa, Eckert explora la errónea percepción de las autoridades de que los habitantes aceptarían el proyecto con los incentivos económicos que conllevaba, el rechazo que generó (el movimiento antinuclear más duradero de la RFA), las relaciones entre las autoridades a distinto nivel, las tibias negociaciones interalemanas en que las dos partes temían estimular protestas antinucleares internas o el curioso fenómeno del cruce fronterizo de algunas protestas con la aquiescencia silenciosa de los guardias fronterizos germano-orientales.

Como indicábamos, las dimensiones (o ejes) antes referidas están presentes en los seis capítulos de forma entrelazada. Esta interdisciplinariedad deja abiertos mu-

chos caminos a posteriores investigaciones. Lo que más se echa de menos es la aplicación de un enfoque similar al lado oriental de la frontera, al que se llega tangencialmente cuando sirve al relato principal. Eckert manifiesta su voluntad de centrarse en el lado occidental y, dada la amplitud de la investigación, no se le puede reprochar, pero hay un interesante margen para seguir trabajando cuyo guante quizás recojan la propia autora u otros historiadores animados por la presente obra. La RDA aparece, en general y a pesar de los esfuerzos de la autora por explicar que la RFA también era la fuente de muchos de los problemas, como el villano de la historia, con lo que sería importante disponer de una investigación similar en el lado oriental (con las lógicas diferencias propias de un sistema político y social distinto) que permitiera realizar un ejercicio comparativo. Igualmente se echa de menos una mayor atención a la frontera con Checoslovaquia, también parte del bloque socialista y que sólo se menciona en contadas ocasiones. *West Germany and the Iron Curtain* (cuya lectura, por cierto, es bastante accesible para un público profano) es, en definitiva, un libro innovador, muy trabajado documentalmente, coherente, interdisciplinar y que abre el camino a futuras investigaciones tanto por su metodología como por esos ámbitos sobre los que el lector se queda con ganas de saber más, que a buen seguro inspirarán futuras obras.